

Capítulo 29 - La caída del anciano

¿Empezar? La palabra resonó en mi mente como un trueno lejano, agitando ondas en el lago helado de mi serenidad.

¿Qué depravación había permitido al entrar en esta guarida?

Yo, el anciano Feng Lianhua, que había ascendido a través de tribulaciones de rayos y llamas, ahora yacía expuesto ante este advenedizo, mi forma sagrada reducida a un lienzo para su léxico vulgar.

Pechos. Tetas. Culo. Clítoris. Coño.

Esas expresiones tan viles son como barro salpicado sobre jade pulido.

Rechinaron mis sentidos, encendiendo un destello de calor que no podía nombrar, una traición a la carne que había dominado durante mucho tiempo.

Sin embargo, debajo del desdén, se agitó esa curiosidad no deseada: una grieta en mi resolución congelada, insidiosa como el primer deshielo de la primavera.





Este hombre... presumió demasiado. Aprendería la locura de desafiar a un anciano, incluso si tuviera que soportar esta farsa para descubrir sus secretos.

Se acercó con ese brillo triunfante en sus ojos, las manos ya no cruzadas sino extendidas con intención deliberada.

Permanecí quieta sobre la cama de seda, con mi piel pálida erizándose bajo el aire perfumado de la habitación, negándome a concederle la satisfacción de resistirme.

Mis ropas yacían tiradas cerca, mi cuerpo desnudo e inflexible, un testimonio de siglos de cultivo disciplinado.

El aire estaba cargado de incienso prohibido, empalagoso y cálido, pero mantuve la respiración firme y mi voz emergió como el filo del invierno.

¿Qué locura pretendes ahora? Tus vulgares nombres no cambian nada. Este cuerpo es un recipiente para la cultivación, no un juguete para las bestias.

Se rió entre dientes, un sonido bajo que vibró por la habitación como un trueno distante, sus dedos trazando la curva de lo que había llamado mis "tetras".

El toque fue ligero al principio, exploratorio, enviando una chispa no deseada a través de mi núcleo.



Mi respiración se entrecortó involuntariamente y apreté los dientes mientras luchaba contra el impulso de arquearme.

¿Qué era esto? No era dolor, sino algo insidioso, un dolor palpitante que hacía que mi zona inferior —ese "clítoris" que había acariciado— palpitara en respuesta.

Era una tontería, sin duda: un truco de su diablura.

Sin embargo, mi cuerpo reaccionó, el pezón se puso más rígido bajo su mirada y un leve rubor se extendió por mi piel pálida como el mármol.

"¿Locura? No, Anciano. Educación. Llevas siglos negándola, creyendo que está contaminada. Pero observa, siente, para qué fue creado tu cuerpo."

Antes de que pudiera replicar, su boca descendió sobre el pico endurecido que había llamado "pezón".

El calor lo envolvió; sus labios sellaron la carne sensible, succionando suavemente al principio, luego con creciente fervor.

La sensación fue inmediata y abrumadora, como un meridiano inactivo que de repente se inunda de qi caótico.





Desde ese punto surgió un calor que se extendió hacia afuera en oleadas que hicieron que mi pecho se apretara y mi respiración se acortara.

Su lengua rozó la punta, girando en círculos perezosos, cada vuelta enviaba sacudidas por mi columna que se acumulaban en mi abdomen inferior.

Apreté los puños a los costados, intentando que mi voz permaneciera firme, pero se me escapó un jadeo suave e involuntario, apenas audible, pero humillante por su traición.

¿Por qué esto se sentía... conmovedor? La lujuria era una locura para los débiles, un caos de gemidos y bofetadas, penetrando en lugares contaminados como animales.



Lo había despreciado, pero allí estaba mi cuerpo, respondiendo; el pezón se endureció hasta convertirse en un capullo tenso bajo su insistente tirón y un sonido resbaladizo y húmedo llenó el aire mientras él lo succionaba rítmicamente.

"¿Lo ves?" murmuró contra mi piel, su voz apagada pero cargada de ese triunfo burlón, su aliento caliente y provocador mientras soltaba el pezón con un suave pop, dejándolo brillante e hinchado.

Este pezón no es solo carne. Es un interruptor que convierte tu cuerpo puro en un amasijo de necesidad. ¿Sientes cómo se endurece, implorando más? Es tu coño apretándose en respuesta,



Anciano; tu sucio y oculto agujero se aprieta como si supiera que nació para ser llenado.

¿Coño? La palabra era inmundicia, una degradación de la puerta sagrada a la vida.

Apreté la mandíbula, deseando que mi voz permaneciera firme.

—Esa vulgaridad te degrada más a ti que a mí, tonto. Deja de hacerlo de una vez; no soy recipiente para tus bajos impulsos.

Pero mientras yo hablaba, su mano descendió más y sus dedos rozaron los pliegues que había etiquetado tan crudamente.

Una sacudida me atravesó, mis caderas se contrajeron contra mi voluntad y una viscosidad se acumuló allí y no pude negarla.

Inesperado, no deseado, ¿por qué mi cuerpo se humedeció así? Era como si la niebla de antes hubiera regresado, despertando partes que había ignorado durante siglos.

El aire se hizo más pesado, el incienso de la cámara amplificaba el calor extraño, haciendo que mi piel hormigueara con una picazón que no podía rascar.

Él ignoró mi protesta, sus dedos presionando hacia adentro, deslizándose en ese calor con una intrusión lenta y deliberada.



La sensación era extraña: una plenitud que se estiraba y me hacía quedarse sin aliento y mis paredes se contraían a su alrededor involuntariamente.

Sus dedos —dos de ellos, gruesos e insistentes— empujaron más profundamente, separando mis pliegues internos con un sonido resbaladizo y obsceno que resonó en la habitación silenciosa:

¡Calla, calla!

Sentí cada centímetro de la invasión, la forma en que mis profundidades intactas cedían de mala gana, un leve ardor mezclándose con una chispa no deseada de algo... eléctrico.

Mis dientes rechinaron, reprimiendo un jadeo cuando él comenzó a moverlos, bombeando rítmicamente, curvándose para rozar una sensible pared interna que enviaba temblores a través de mi centro.

—Ah, ahí está —continuó, con un tono instructivo, casi burlón, mientras trabajaba sus dedos más rápido.

—Este es tu coño, Anciano, húmedo y ansioso, aunque lo niegues. ¿Sientes cómo se aprieta? Es tu cuerpo admitiendo la verdad. Y mira...





Su mano libre rozó los tenues pelos de arriba, trazándolos como evidencia en un juicio, su toque ligero pero deliberado, haciéndome estremecer.

¿Este vello en tu coño? Es la prueba de que naciste para ser follada. La marca de la naturaleza, que demuestra que estás hecha para la polla de un hombre, no para una torre de hielo célibe. ¿Ves cómo enmarca tu coño goteante, como una invitación? Cada hebra grita que este agujero fue diseñado para ser estirado, llenado y reproducido.

¿Nacido para ser... jodido? La frase era aborrecible, una mancha en mi camino de cultivación.

El poder residía en la pureza, no en esta... esta degradación.

Sin embargo, a medida que sus dedos se curvaban dentro de mí, acariciando ese punto oculto con una presión cada vez mayor, sentí que mi determinación se fracturaba aún más.

La intrusión creó una presión que no pude comprender; cada empuje de sus dedos enviaba sonidos resbaladizos y húmedos que reverberaban por la cámara:

Schlk-schlk-schlk,



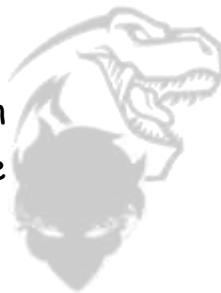


Ahora más rápido, mis paredes internas se aprietan involuntariamente a su alrededor, traicionándome con cada espasmo.

La humedad cubría su mano, goteando por mis muslos en cálidos rastros, y no podía negar el dolor que crecía allí, una necesidad palpitante que hacía que mis caderas se movieran ligeramente, buscando más a pesar de mi horror.

Su pulgar encontró ese punto nuevamente, el "clítoris", y lo golpeó bruscamente, una vez, dos veces, cada chasquido enviando un rayo de fuego a través de mis venas.

Reprimí un grito, mi cuerpo se arqueó sobre la cama, la sensación fue como si un rayo golpeará mi centro, haciendo que mi "coño" se apretara más fuerte alrededor de sus dedos invasores.



¿Por qué? La lujuria era una tontería, una distracción contaminada; sin embargo, aquí, en este palacio ostentoso, despertaba algo primitivo, quebrando el hielo de mi determinación como el avance implacable de la primavera.

"¿Sientes eso?" se burló, su voz era un murmullo bajo mientras golpeaba mi clítoris otra vez, más fuerte esta vez, la yema de su pulgar rodeándolo en espirales provocativas antes de presionar hacia abajo con firmeza.

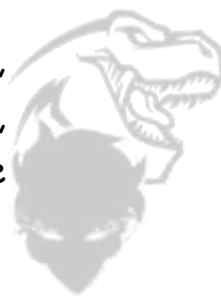


Cada movimiento era una chispa que encendía olas de calor que hacían que mis muslos temblaran sin control y mis músculos internos se contraían espasmódicamente alrededor de sus dedos bombeadores.

Schlk-schlk-schlk—

El ritmo se hizo implacable, sus dedos se hundieron más profundamente, curvándose para golpear ese punto sensible una y otra vez, mientras su pulgar asaltaba el nudo con movimientos precisos y tortuosos.

"Tu clítoris se hincha cuando lo acaricio así. ¿Ves cómo palpita, implorando atención? Ese es tu coño apretándose más fuerte, Anciano, chupándome los dedos como una puta voraz. Y este vello..."



Sus dedos se enredaron ligeramente en los escasos rizos de arriba, tirando lo suficiente para enviar una punzada aguda a través de mí, mezclando dolor con ese fuego creciente.

"...es una prueba. Prueba de que desde que naciste, este coño estaba destinado a ser follado a pelo. No para un cultivo sublime, ni hablar. Para que un hombre como yo lo estire, lo llene, lo haga gotear de semen. Niégalo todo lo que quieras, pero tu cuerpo es honesto: se aprieta, gotea, nacido para una polla."



Mis dientes rechinaron y un siseo bajo se escapó mientras el calor se intensificaba, mi cuerpo me traicionaba con cada espasmo involuntario.

—Ya basta... de tus... lecciones depravadas —jadeé, aunque mi voz vaciló; las palabras eran menos una orden que una súplica.

Los movimientos en mi clítoris se hicieron más rápidos, cada uno aumentando esa presión en espiral, mi "coño" revoloteando alrededor de sus dedos mientras follaban más profundo, el schlk-schlk húmedo llenando mis oídos como una sinfonía vergonzosa.

La curiosidad se enfrentó al desdén: ¿qué era este fuego que encendió?

¿Y por qué, a pesar de todo, una parte de mí anhelaba comprender más?

Mis caderas se movieron una vez, sin que yo lo pidiera, persiguiendo la sensación, y me odié por ello.

Este hombre... había roto algo dentro de mí, y temía que el deshielo lo consumiera todo.

Sin embargo, a medida que sus dedos avanzaban, chasqueando y hundiéndose, la presión aumentaba hasta un precipicio que no podía nombrar, mi cuerpo temblaba al borde de algo aterrador y desconocido.



Se inclinó, su aliento caliente contra mi oído, sus dedos nunca disminuyeron la velocidad, su ritmo era despiadado, curvándose y empujando mientras su pulgar golpeaba mi clítoris en ráfagas rápidas y provocativas.

Admítelo, Anciano. Tu coño se aprieta como si estuviera hecho para esto; el vello lo enmarca como una señal, gritando «fóllame». Nacido para ser penetrado, llenado, usado. ¿Sientes lo mojado que estás? Eso no es negación... es el destino.

Ya no podía hablar, mi voz se perdía en la marea creciente, mi cuerpo se arqueaba contra mi voluntad mientras el mundo se convertía en calor y sensación.

¿Qué me había hecho?

